



UN BRONCE CON ALMA

Hace muchos años, avanzando por la pampa rumbo a la Estancia San Gregorio, escurrido en el fondo del ruido de "Martini" rojo, saqueo de los puntarrientes que hasta entonces, sólo podían salvar las inmensas distancias a lomo de caballo o a paso de carreta o de camión, escuché entre sueños una conversación, que sin sonarlo, iba a transformarse en una de las bellas y justas realizaciones artísticas con que cuenta nuestra ciudad.

Recuerdo, que entre seguridad y seguridad de la aspera huella, mi padre y mi madre conversaban seguros de no contar con la atención del infantil auditorio que se agoraba en la parte trasera del automóvil. El viento corría más que el auto y las sombras de las ruedas nos pasaban por encima cubriéndonos con su ala oscura como riendo de nuestros bichos alardees motorizados. De vez en cuando, una explosión y los rirtones en el celoso volante de "Martini", así hacían bajar para ayudar a nuestro padre en el frecuente alán de cambiar un neumático. En otras, una nube de vapor que emergía como un pantano por el tapon del radiador, recomendaba la urgente reposición del agua que al "Martini" devoraba con más sed que un beduino en medio del Sahara. En otras, y era la que más alegraba a los hermanos, venía el "cambio" para apretar a algún caballo o pequeño pito que se incorporaba en nuestra marcha. Épocas en que el automóvilismo era una aventura. ¿Quién diría que al cabo de una sesentena, toda la población de Punta Arenas se podía movilizar, como hoy, en automóvil, dejando al poblado tan vacío como lo dejara el plato y sanguinario Cambiador cuando lo abandonara luego de hartarse de vino, mujeres y crímenes. En fin, volviendo a nuestro relato, recuerdo que mis padres hablaban acerca de proyectos... Y cuando lo hacían, —¡qué locos para sus hijos!— siempre era sobre cosas que atañían al bienestar de la familia o de las partes más necesitadas del pueblo. En aquella ocasión, luego de alabar con autoridades palabras la labor de los pioneros y admitir una vez más del progreso de la región, mi padre dijo algo que me quedó grabado en el recuerdo de niño y que me abrió los ojos a una realidad que por vivida y conocida, jamás se había enriquecido. "Nada se habría podido hacer, sin contar con la asistencia, y vital presencia del trabajador campesino... Es él, quien desplaza con el

sol a las ferres del campo; es él, el que recoge las largas alambres asegurando el aporreamiento de los animales; es él, el que ama los majados a los cuadros más feroces de acuerdo a las temporadas; es él, el que se agacha sobre los animales para esquivarlos... Es él..." Y luego de este preámbulo, la frase que me conmovió y aún me conmueve: "Merece un homenaje".

Yo era ya hombre mayor, cuando hace cerca de cuarenta años, mi padre quiso hacer realidad ese sueño concebido en la dura huella a San Gregorio... Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo encontrar algo, ese algo que es la partida bautismal de toda obra de arte, que es la inspiración que vuela en una frase, se fija en un dibujo o se resaca en un mar-mol?

Al fondo de la mirada, hacia el oeste, allá donde trepan los cerros oscurecidos por el bosque en la Península Brunswick, mi padre compartía con un ejemplar pléneo, la explotación de un predio ganadero. Todo eran dificultades. Lo rápido del bosque, los desvíos del terreno, la fura hambrienta de los putos en primavera en que pululaban los indefensos cordones de la reciente parcelación... Todo, más aún "todas" se hacían nada, cuando los enfrentaba la voluntad de poblar, de hacer fructificar el pramo, de crear riqueza. Y el señor José Grimaldi Páez, era un italiano de aseo que se había hecho con sus manos lo que le imponía su voluntad de trabajo y su imaginación de abridor de sendas de progreso. Así surgió entre los montes impenetrables, la Estancia "Los Caneles" y una entrañable amistad, que mucho honraba a mi padre.

Los Grimaldi, apellido de alcurnia principesco, tenían el genio de Italia derramado en su sangre... Al padre, le tocó la dura tarea de luchar desahogado como al medio hostil, pero el talento lo supo traspasar al hijo, que tan pronto apareció como al más



Por Enrique Campos Menéndez

esforzado de los campesinos como alegraba con su chispa a los corrilos de los primeros bohémios magallánicos. Sin advertir jamás esta su llama, José Grimaldi Accoto, hijo del recordado pionero, navegó por los caminos sin huella de su vocación de artista y de poeta. Se lanzó por los cuatro vientos alando donde podía su tienda transhumante de trovador... México, Colombia, Uruguay, Argentina, Chile... oyeron los ecos de su voz inmodada y rotunda, realizada por la majestad del ademán y la prebenda de su figura... Parecía que se nos había perdido para siempre este magallánico de talento, llevado por el mundo fascinante de la latitud... Mas un día volvió. Y volvió con su alma enriquecida de nostalgias y sueños, con las cuentas de su lira templadas por la lejanía y la esbelta. Y nació el poeta, el gansito acido de nuestras tierras magallánicas. Otro día, empezó a correr de boca en boca, como una canción, la que sería nuestra inolvidable canción: "El ovejero de mi tierra". El vata sentaba en el viento las semillas de su inspirado talento:

"Es el símbolo vivo del empuje y la pedencia, frente al viento que lo cura y al silencio que lo aprisa".

Así, verso a verso, se fue modelando en el aire poético, el sueño de don Francisco, mi padre... Aquel sueño nacido en una huella por los rumbos de la Patagonia.

Estaba la idea, la nota alta e inspiradora del poeta... faltaba la mano diestra y organizadora del escultor que plasma ambas cosas en la realidad impercibible de la obra de arte... Al azar de las circunstancias, mi padre conoció a un muchacho rubio, fino, bohémio, más frecuentador de los bares que de los círculos intelectuales, más cercano a sus amigos que a las celebridades, más apogado a su arte y a sus círculos que al trabajo rutinario que da el sustento de cada día... Se llamaba Germán Montero Carvallo. Era santiaguino, pero como artista auténtico supo aprender las lecciones de veridical y las incitaciones de infinito de la pampa.

De esta conjunción nació el "Monumento al Ovejero".

Entre sus bronce patinados de nieve y pulidos de travesuras de niños que montan su ilusión campesina sobre los lomos del caballo o de los pacientes ovejas del pino, hay una dimensión profunda que recoge y expresa esta triple menzura de amor, conocimiento y entusiasmo por tres hombres unidos por una misma idea-símbolo.

Recuerdo, que cuando se transformó en bronce la inicial factura de argamasa, el modelo de la estatua, el chiste Abel Oyarrán, un genioso ovejero como arrancado a los veranos de Grimaldi, veió a poner a Santiago... y fueron también con él, su perro campesino y su fiel caballo... Vinieron juntos contemplando todos alos el prodigio de pasar a esa eternidad que le ha dado al bronce.

El Monumento al Ovejero, es una estatua que tiene alma.

Cuando pasan frente a ella, sepan que en esas formas conviven como en agitado manojo, las ilusiones de tres seres muy distintos, que supieron juntarse en una sola voluntad, para rendir un homenaje de justicia y gratitud, al trabajador del campo magallánico, héroe civil sin más nombre ni tierra que aquel que lleva el viento silbando por las pampas y aquellas donde amigán los cerros:

"Yo lo he visto muchos días empujado en su lana. Yo lo he visto muchas noches contemplar a las estrellas."

Enrique Campos Menéndez, Punta Arenas, enero 1982.



Don Francisco Campos Terriblenza, inspirado en los versos del poeta José Grimaldi, hizo realidad su sueño de homenaje al ovejero.



Los principales protagonistas: El ovejero Abel Oyarrán, don Francisco Campos Terriblenza, el escultor Germán Montero Carvallo y el poeta José Grimaldi A.

Un bronce con alma [artículo] Enrique Campos Menéndez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Campos Menéndez, Enrique, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un bronce con alma [artículo] Enrique Campos Menéndez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile